

EL TACHIRA Y LA GUERRA FEDERAL

Por RAFAEL MARÍA ROSALES

La Guerra Federal o “el drama de una generación que ve su ocaso teñirse en sangre”, como lo expresó el historiador Enrique Bernardo Núñez, tiene repercusiones singulares en la Venezuela atada al caudillismo, a las oligarquías políticas y al predominio de “la burguesía comercial, los grandes propietarios rurales, la burocracia”, como lo dice Carlos Irazábal. Tal guerra se ve con indiferencia en la región andina —por razones muy peculiares—, la cual se mantiene alejada de las llamas destructoras, de esa sombra asoladora y criminal con el nombre de Martín Espinoza, quien “mediante su ferocidad salvaje e inhumana —lo dice Lisandro Alvarado— llenaba de terror los lugares por donde andaba”. En el Táchira, donde en sus cumbres y en sus valles siempre prevaleció el liberalismo como emoción o doctrina aglutinante, no tenía validez el gamonalismo rural, no obstante su insistencia en marchitar la justicia y negar el derecho a la tenencia de la tierra, pues las mesnadas por intuición en la esperanza, soñaban con una guerra social después de la andanza comunera y de la independencia bolivariana. Por eso la conformidad campesina vaciaba sus ansias en la dedicación al trabajo, con el ánimo de ver a algunos terratenientes dar las migajas de sus latifundios o de las tierras baldías usurpadas en la violencia de las noches, y luego por la necesidad de braceros conceder un pegujal donde sembrar la modestia de los huertos y levantar la casita de ilusiones, mientras el Estado se mantenía atrofiado por su inercia.

El proceso de la guerra larga, envuelta en “La ambición de las lanzas” y que “puso a su servicio la inquietud, el desencanto y la angustia populares” —según el decir de José Nucete Sardi—, ha sido estudiado y comentado por escritores e historiadores como José Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, Pedro Manuel Arcaya, Laureano Vallenilla Lanz, Ramón Díaz Sánchez, Augusto Mijares, José Santiago Rodríguez, etc., observándose en cada uno de ellos la verdad, la razón, la simpatía o la inclinación ideológica, si se quiere personalista por la fe, la conveniencia o poca habilidad de los protagonistas de tal guerra. A casi dos siglos de la revolución frustrada se exalta o sea adversa el fondo social, político, económico y moral de sus proyecciones y propósitos en el ámbito nacional. La división o enfrentamiento de los forjadores de esa revolución esperanzadora, conduce a desaciertos y produce un alto costo político y social. A la vez aguza la perversidad de Martín Espinoza —y de los que como él quieren pescar en río revuelto—, al cual hubo

de meter en pretina el General del Pueblo Soberano, un Ezequiel Zamora perdido en la soledad llanera de su promesa reivindicadora.

La consolidación de la anhelada democracia social no puede lograrse porque existen dos factores que la fracturan: la lentitud de Juan Crisóstomo Falcón y la impaciencia de Ezequiel Zamora. También porque se establece el conflicto del demagogo y agudo Antonio Leocadio Guzmán y, entre otros, Napoleón Sebastián Arteaga, Jacinto Regino Pachano y el que vino a especular, aprovechar y dar a la autocracia y a la degradación —como fruto del poder exprimido con el peculado y las candelas federales— o sea el discutido y discutible Antonio Guzmán Blanco. Es porque éste, Guzmán Blanco, salta como un tigre hambriento sobre “la vergonzosa situación del país, arruinado y humillado por la política de los oligarcas” —lo apunta Ramón Díaz Sánchez—, pues su meta es la rigidez de su personal sistema dictatorial y no —como lo pensaba Zamora— “en la variabilidad de las fórmulas democráticas para cambiar la historia política del país”.

José Santiago Rodríguez considera, al referirse al proceso histórico de la guerra federal, “que dos factores principales influyeron en los sucesos que lo caracterizaron: la subversión que, tanto en el orden político como en el social y económico, había creado la lucha por la independencia, y los naturales efectos que tenía que producir, en un ambiente saturado de anarquía y analfabetismo, principalmente entre las clases proletarias”. Por supuesto lo fundamental estriba en el conflicto azaroso del llamado “Protocolo Urrutia”, la confusión de una realidad en dificultades de ambición y personalismo, la ventaja de la caída de los Monagas y el influir del pregón: “Los Monagas cuestan a Venezuela más de 100.000.000 de pesos”. Y lo peor de todo, la desigualdad social, el aislamiento político de la provincia por el centralismo de la codicia y la incapacidad, provocador de la desintegración, hasta 1899, de la comunidad covivente de la nacionalidad. El mismo José Santiago Rodríguez anota: “la idea de mando y la fe religiosa”, la desigualdad latente “entre el amo y el esclavo”, igualmente la del blanco nacido en Europa; la del criollo, a quien se clasifica de blanco hispanoamericano, por provenir a veces de la mezcla del europeo con el indígena; la gente de color; la de los esclavos negros; y la del indio de raza pura”. Estas y otras desigualdades en todos los niveles y a lo largo y lo ancho de la geografía venezolana, más acentuadas en los valles centrales y en la fiebre de las prerrogativas del mantuanaje, tiene que producir la Revolución malograda de la Guerra Federal, impulsada por la fe de unos, por el forcejeo de algunos conductores y por la pronta derrota de la bandera-mensaje sostenida por la confianza del pueblo y perdida en el hondón de la reivindicación deshecha: la muerte de Ezequiel Zamora, el Caudillo de las huestes enfervorizadas por el carisma, el coraje y el aliento de la esperada transformación social, inspirada en el espíritu nivelador de su intención de su lucha y de su temple revolucionario. Es porque Ezequiel Zamora es la revolución iluminada por el himno trunco en la garganta de los hambrientos de justicia:

*El cielo encapotado
anuncia tempestades
y el sol tras de las nubes*

*pierde su claridad.
Oligarcas temblad
viva la libertad.*

Muerto Zamora —sin que nada justifique el criminal agravio a una vida elevada por la confianza y la angustia de las mesnadas, del ruralismo atosigado por los vientos de la conformidad—, los oligarcas dejan de temblar y siguen tan campantes al desaparecer la figura integral de la revolución social que, sin saberlo específicamente, era alentada por la masa campesina triunfante en Santa Inés. Por supuesto los oligarcas proseguirán incrustados en su poder económico y en la misma naturaleza del desastre venezolano para su satisfacción y beneficio, y seguirán moviendo los hilos de las incidencias políticas, sociales y económicas de una democracia montada a horcajadas en el potro realengo de la zozobra, de la anarquía, del descontento, de la falta de capacidad gerencial y de honestidad para gobernar. O sea, como acertadamente lo advierte José León Tapia en su metáfora: “Sin banderas estaba la chusma / sin banderas continuará aunque / las cornetas sean de plata”.

Oficiales y gentes federalistas obtienen pronunciamientos en algunos pueblos tachirenses, aunque más por la presión que por el entusiasmo. Se pueden conocer algunos restos de las “mesnadas desarrapadas” que, al desaparecer el Caudillo de la popularidad venezolana, Ezequiel Zamora, se suman a su heredero en los llanos, el catire de los *capuceros*, el también dirigente regional Pedro Manuel Rojas, zarandeado por algunos historiadores que han querido castigar su recuerdo, al protestar su presencia ingrata de los Delegados de Antonio Guzmán Blanco en el Táchira, por no haber ahondado en la trayectoria de este llanero que, como lo testimonia nuestro General federalista Francisco Alvarado —el más importante de los jefes liberales federalistas en los Andes—, había mandado desde que Zamora ocupó a Barinas, los departamentos de Libertad y Nutrias. Se había hecho jefe por sí solo —como Alvarado—, regularizando la guerra después que las hordas de Espinoza, con el nombre de federales, habían azotado aquellos pueblos. Por ello el catire Pedro Manuel Rojas puede ser la voz y el mensaje de Zamora al venir como gobernante al Táchira, sin ser adepto a Guzmán Blanco, el anti-tachirense en la hora del federalismo. Luego se asila voluntariamente en Colombia y vuelve a su tierra llanera con la siembra de su pasado y el adolorido sentimiento convertido en trauma por la pérdida de la esencia integral de la revolución al no poder abolir la oligarquía, ver la desolación de las gentes y de los pueblos adormecidos en las cenizas de los pajonales.

La guerra larga en el Táchira no se ha estudiado debidamente y menos analizado en sus consecuencias. Es el escritor llanero Francisco Betancourt Sosa —como Ricardo González Valbuena y Aníbal Velasco—, quien rastrea en los archivos documentos importantes para darnos una visión de tal hecho guerrero en su libro “La Federación en el Táchira”, publicado en la Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, en 1985. Al leer tal libro —que prolongamos— nos proponemos estudiar sucintamente tal hecho con relación a nuestra tierra imbuída, entonces, en la confianza del agro y en la actividad agrícola. La Revolución Federal infla-

mada en las llamas desoladoras y con el propósito de luchar por una democracia social y no en "una política agraria campesina" —como lo expresa Orlando Araujo—, desconcierta a nuestras masas, por mayor que fuera su atraso, a lo mejor orientadas por la intuición, por dirigentes políticos o por los gamonales del conservatismo, pues imperaba la dictadura paecista y eran los seguidores de la misma quienes eran los gobernantes de la provincia, aun cuando como lo dice José Nucete Sardi, hubo liberales negadores y conservadores simpatizantes de la Guerra Federal. ¡Siempre la contradicción venezolana! Deben entenderse o intuirse tres cosas en la frialdad tachirenses por la Revolución Federal: el temor a que sus candelas quemasen las sementeras hechas con el esfuerzo de años; la falta de empeño por una política agraria propiciadora de la tenencia de la tierra, y la prevención contra la siniestra actitud del fantasma Martín Espinoza. Todo lo cual, seguramente, puede conocerse por boca de cuantos tuvieron que huir de Barinas, conservadores y liberales, y se residenciaron en la siempre hospitalaria tierra tachirense —algunos en Colombia— para darle servicio y prestancia a nuestra comunidad.

Por consiguiente, la Revolución Federal no repercute como podría esperarse y, por lo mismo, resulta infructuosa en su comienzo a lo largo de la geografía regional. El gobierno provincial, que no era integralmente oligarca, controla la situación política y administrativa, y a la gente de la región solamente le conviene estar dedicada a sus quehaceres agrícolas como única preocupación, es decir, no tiene interés político alguno y más bien alienta un deseo colectivo por la tranquilidad tachirense, antes que sumarse a una guerra destructora, no obstante las fallas políticas y sociales en la sociedad enferma de inercia e injusticia.

Como puede leerse en una comunicación oficial del Jefe de Operaciones Agustín Arias, fechada en San Cristóbal el 4 de noviembre de 1889, el Coronel Paulo Ortiz había invadido por el sur tachirense sin resultado favorable para los federales. Incursiona entonces el Coronel Juan José Cisneros en octubre del dicho año y tiene mejor resultado al poder llegar a San Antonio de Caparo, como lo dice el General Francisco Alvarado en sus Memorias, y tomar a Pregonero. Los federales están un tiempo corto en la brava tierra del Uribante, pero al saber de la movilización de fuerzas del "gobierno central" en Guaraque y Tovar, salen hacia La Grita y en el camino se disgregan sin haber peleado. Hay otra intentona por la montaña de San Camilo, cuya gente armada viene al mando del Coronel Gabriel Prada y es atacada al llegar a Puerto Teteo por fuerzas del Táchira, por lo que se ve obligada a replegarse a Guasualito. Posteriormente Prada insiste en invadir y ocupa a Caparo, donde se le une la gente de Rafael Daboín, y marcha a Pregonero, ciudad desprevenida y sin con qué hacer resistencia. Esta ciudad, como su vecina La Grita, era liberal, pero en ese momento no se trata de defender al liberalismo regional. Por lo tanto no es el caso de encender la llama de la Revolución Federal sino de mantenerse a la expectativa. Del federalismo solamente se conoce la precipitación de una guerra contra el gobierno oligarca, con incendios y ruinas como sombras imprevisibles. Desde Pregonero el Coronel Prada dirige al pueblo tachirense una Proclama en la cual expone que las armas federales, triunfantes en el Estado Zamora, vienen a liberar a los hombres de la oligarquía dominante en el país. Pregonero desnuda un poco su simpatía al mensaje extraviado

de Zamora. En esos momentos emigraban de Barinas a nuestra Entidad los hombres que detestaban la guerra: unos por la sangre derramada y las sabanas convertidas en ceniza para el desastre de la economía, y otros por motivos ideológicos. En Guaraque, población enemistada con Pregonero, se preparan fuerzas para combatir a Prada y su gente. Este avanza hacia la población y la ocupa. En la noche se da cuenta de la pérdida de algunos de sus soldados, tal vez por desertión, pues no habían peleado, y de que el estado de su gente no le es favorable para un enfrentamiento con los gobiernistas, no obstante haber encontrado las casas vacías en el caserío Rastrojos y haberse proveído de menaje. Da orden de contramarchar a Pregonero y a esta ciudad entra con ganado y algunas bestias obtenidas en el camino de Río Negro. Ahora se le recibe con muestras de alegría y con discursos. Prada “que sabe engañar —apunta el General Alvarado— comenta que del Llano le vienen 500 hombres, cuando la verdad es que su situación es “insostenible”. Las tropas gobiernistas de Barinas se han unido al Comandante Manuel Herrera, quien se encuentra en Mérida. A lo cual se agrega que Capó está en San Cristóbal y está clara la posibilidad de un ataque, al movilizarse Herrera y Capó a Pregonero. Sin embargo Prada manifiesta que resistirá el avance gobiernista con la gente venida del Llano, lo cual no es verdad. Además Daboín se ha fugado con los presos a Arauca, territorio colombiano. Feria, Jefe de Estado Mayor de la gente de Daboín y hombre impulsivo y avieso ha llegado a Palmarito. En esta población el Jefe de Estado Mayor de los federales, General Loreto Arismendi, quien convoca un Consejo de Guerra y éste dispone el fusilamiento de Feria, al cual, por sus actuaciones terroríficas, apodaban “Fiera”.

Prada no puede continuar en Pregonero. Su posición es indefendible y la inventada llegada de refuerzos no le da ninguna ventaja. En la guerra, como en la historia, no se puede inventar. La noche es para los federales una propicia oportunidad para retirarse a Boca de Monte, un paraje acogedor de la tierra uribantina, cuyo río durante la Colonia se conoció con el nombre de Uri o sea, tal vez, su denominación real al traducirla del idioma indígena. Allí, en Boca de Monte, saben los federales que las fuerzas del Gobierno han llegado a Pregonero, por lo que Prada y su gente deben regresar al Llano. Los ochocientos hombres del Gobierno oligarca cobran a Pregonero, sin razón alguna, su temporal adhesión a la causa de la Federación, al martirizarlo con su prepotencia.

Aurelio Alvarado, hermano de Francisco Alvarado, sabedor de que éste se ha enrolado al Ejército Federal, se aventura a apoyar un movimiento revolucionario que se moviliza desde Cúcuta a Táriba, con apoyo de La Grita y El Cobre, donde el liberalismo tuvo el impulso o la “mentalidad étnica” de activar “La savia del liberalismo” —como diría el Dr. Pedro Manuel Arcaya—. Los invasores pasan silenciosamente el río Táchira y toman sin inconveniente alguno a Táriba. Comanda la arriesgada acción Pausolino Toledo. Defendía la plaza de San Cristóbal Pepe Celis y Manuel Herrera, por lo que era fácil la movilización gobiernista por los pocos kilómetros de una ciudad a otra. La misma noche del día de la invasión de los federales éstos son atacados en la misma puerta de su improvisado cuartel y Toledo es muerto de un machetazo. Aurelio Alvarado puede salvarse por haberse tirado al suelo y hacerse el muerto. Resulta la invasión una escaramuza sangrienta.

Los federales, muy pocos por cierto, no pueden huir por lo que amarrados son traídos a la capital tachirense. Los muertos son enterrados y los heridos curados para pagar condena seguramente.

El Coronel Gabriel Prada insiste en invadir la Cordillera por la vía del Táchira. Así lo manifiesta al General Pedro Manuel Rojas al regresar al Llano. Rojas le responde que primeramente debe atacarse la región de Portuguesa y dispone que Prada debe acompañarlo en esta empresa. Entonces Prada organiza una División con el nombre de Táchira. Sus 300 hombres son llaneros y uno tachirense que es el más tarde General Francisco Alvarado. El 5 de mayo de 1862 se preparan las fuerzas federales para invadir a Portuguesa. El Coronel Gabriel Prada es ascendido a General y nombrado Jefe del Estado Mayor. Para la fecha Francisco Alvarado ya es un convencido federalista y un Oficial valiente y estudioso. Cuando más adelante se enferma se le concede licencia y va a Libertad a curarse. Esta población llanera le ofrece el agua y el sol, la tranquilidad y las atenciones de una familia ligada al ya extinto General Prada. Allí encuentra el favor de su recuperación y se da cuenta que “todos los pueblos del llano habían empobrecido por efecto de la larga guerra, en términos que la mayoría de los pudientes llevaban una vida de miseria”. Al incorporarse nuevamente a sus actividades guerreras, prontamente es Ayudante del General Pedro Manuel Rojas, en 1863.

El libro inédito de Aníbal Velasco Buitrago, “General Sacramento Velasco, su época y su familia”, nos permite conocer verdades acerca de lo acaecido en el Táchira durante la Guerra Federal, y la participación muy distinguida de su abuelo el valiente General Gregorio del Sacramento Velasco, en dicha guerra. A la vez nos impone la censurable actitud política del fundador del primer periódico regional “El Eco del Torbes” —lo cual si debemos agradecer siempre—, Domingo Guzmán Escandón, Gobernador del Táchira tres veces: la primera por elección, la segunda por elección fraudulenta y la tercera por imposición desde Cúcuta, donde establece su actividad gubernamental. La época permite, insensible y contravertidamente, el intercambio político de las facciones bilaterales en actividad, aun cuando, que sepamos, ningún venezolano ejerció cargos directos en la administración colombiana y en cambio algunos políticos de esta nacionalidad sí lo hicieron. El bogotano Domingo Guzmán Escandón lo confirma. Algunos venezolanos actuaron en Colombia como militares en favor o contra el partidismo de tal República.

El 28 de marzo de 1859 es elegido Domingo Guzmán Escandón, no obstante su condición de extranjero, Gobernador del Táchira. De una vez toma posturas reveladoras de su ambición política, con el apoyo de intrigas parroquiales, y olvida que la hospitalidad dada por las gentes regionales tiene el límite de la prudencia y del respeto a la autonomía de la identidad tachirense. El 6 de junio de 1859 es elegido Jefe Superior Político el conocido y admirado tachirense José Ignacio Cárdenas, quien debe enfrentarse a dos asuntos de incómoda solución. El primero es la actitud irracional y embarazosa del ex-Gobernador Guzmán Escandón desde Cúcuta, empeñado en no perder la cuota graciosa de poder dada por algunos comilitones suyos, y el segundo la anunciada invasión de la Revolución Federal por la vía del Llano, como consecuencia del estallido de dicha Revolución el 20

de febrero de 1859. El Táchira tenía reservas de orden político y seguramente que también social con relación a la Guerra Federal, pues el gobierno oligarca mantenía el poder en el país y, además, no llegaba al conocimiento exacto de la intención o propósitos de la dicha Guerra. Precisamente al tomar posesión Cárdenas de su cargo, en algunos pueblos del Estado había manifestaciones aisladas, sin ninguna trascendencia, de simpatizantes con el federalismo.

Domingo Guzmán Escandón que ya había sido Gobernador del Táchira, como dijimos antes, vuelve a ser electo para tal cargo fraudulentamente pero, según parece, no llega a ejercer tal posición, pues en la lista de Gobernadores hecha por el historiador nativo Sixto Sánchez Quintero, no figura el nombre de Guzmán, el cual el 27 de junio de 1859 ha salido de Cúcuta hacia el Táchira en la búsqueda del poder regional. Con individuos y amigos de la capital nortesantanderna “instala su efímero gobierno, entiende nombramientos y congrega el 28 a sus legisladores para nombrar Senadores al Congreso”. Esto lo escribe el historiador tachirenses Ricardo González Valbuena en su libro “El Táchira Histórico”.

José Ignacio Cárdenas trata de neutralizar la incidencia o insolencia anómala de Guzmán Escandón, a quien pide compostura y acatamiento a la legalidad. Este no acepta la proposición de “desechar resentimientos” como forma de lograr la tranquilidad política. Pero al conocer la movilización militar de San Cristóbal, comandadas por Jesús Contreras, Guzmán opta por repasar la frontera el 29 de junio y se instala nuevamente en Cúcuta. Mientras tanto los federales ya están en la selva de San Camilo. El Gobernador Cárdenas toma las providencias del caso. Las fuerzas armadas que tienen como Jefe a Jesús Contreras descansan en Táriba, pues deben movilizarse como Cuerpo expedicionario a Mérida y servir de apoyo al gobierno merideño, amenazado igualmente por los federalistas. En este Cuerpo está incorporado, como Comandante de las bravas gentes de Capacho, el Comandante Sacramento Velasco, quien va a dejar bien colocado su nombre en el valor militar de la regionalidad.

El 2 de julio van las tropas gobiernistas hacia La Grita, cuando un posta de Puerto Teteo llega a dar la noticia de que los federales han pasado por Río Frío, llegan a Torondoy y se dirigen a San Cristóbal. Inmediatamente el gobierno tachirenses ordena interrumpir la marcha a Mérida y contramarchar rápidamente al piedemonte regional para combatir a los llaneros antes de su avance a la capital tachirenses. Por consiguiente, como lo anota Aníbal Velasco, el 6 de julio de 1859 tres Compañías se sitúan en San Josesito y el 7 vivaquean en La Palmita. Luego toman a Agua Dulce, de donde envían espías a Río Frío. Dejan un Escuadrón allí a fin de conocer los movimientos del enemigo, y avanzan a las cercanías de La Cuesta del Trapiche. Los federales se movilizan rumbo a San Cristóbal. Son sus Jefes los Generales Salcedo y Frías y el Coronel Ortiz. En la Cuesta del Trapiche ya están las fuerzas gobiernistas con sus Jefes Sacramento Velasco, Pedro Sánchez y los Oficiales que ven en Sacramento Velasco el brío que los anima a la pelea y el coraje que reemplaza las armas y el entrenamiento militar del adversario fogueado.

Por el Dr. Antonio Dávila, hermano del historiador Dr. Vicente Dávila; por el historiador Ricardo González Valbuena, y ahora por el importante trabajo histórico de Aníbal Velasco, conocemos mejor la condición varonil y militar del Comandante Gregorio del Sacramento Velasco, anti-federalista* en su iniciación guerrera, nacido en Capacho el 3 de junio de 1826. Este bizarro hijo de Libertad es el primero y el más denonado, audaz y temerario militar en enfrentarse a las fuerzas federales en tierras andinas, haciéndolo primeramente en la Cuesta del Trapiche, en la entrada a San Cristóbal por la vía del Llano, luego en Río Frío, a pocos kilómetros de la capital tachirensis y posteriormente entre Tovar y La Grita, Ranchería y Capacho. El Jefe del Gobierno regional es José Ignacio Cárdenas, quien alcanza a hacer menos intensa la tensión política.

Sacramento Velasco y Pedro Sánchez no conocen el arte de la guerra y menos su estrategia, pero la intuición y el valor compensan la temeraria audacia del instinto para actuar en forma expectante y vencer sin protocolos técnicos. Sacramento es un experto en manejar la peinilla y lo impulsa un arrojo osado para la acción sorpresiva como táctica sin precedentes. El Dr. Antonio Dávila dice que el clérigo José María Zambrano, "aun cuando doctor en cánones, español genuino, sabía manejar la espada y le había dado lecciones de esgrima". Estas lecciones dadas por su padre natural, las adapta al excepcional uso de la peinilla y el machete, como defensa y respeto al brío ejemplar de su región nativa, o sea que la paternidad española del clérigo Zambrano da al mestizaje de Gregorio del Sacramento Velasco la bizarría de la intrepidez y de la comprensión para actuar.

Pues bien, los federales invaden al Táchira por el sur y en La Cuesta del Trapiche —lo dice el Dr. Antonio Dávila— ocurre lo imprevisto, porque el General Salcedo, llanero acostumbrado a manejar la lanza y conocedor de la impericia guerrera de quienes lo atacarían —cosa discutible, decimos nosotros, por cuanto el tachirensis tenía conocimiento de los ardides de la guerra desde la época del movimiento comunero, las guerrillas de 1812 y 13, la Campaña Admirable y otras acciones—, propuso un duelo a lanza con uno de los jefes de la tropa

* Esta insinuación de anti-federalista la hacemos porque Sacramento Velasco es quien mantiene a raya a los revolucionarios de la Federación en el piedemonte regional, en Ranchería, en Capacho y en el camino de Tovar a La Grita. No es un simple decir, pues en el documento firmado por Agustín Arias y enviado al Secretario de Guerra y Marina, de fecha 4 de noviembre de 1859, el cual incluimos en el Apéndice de este libro, queda Constancia de los dos ataques del Comandante Velasco en la entrada del llano a San Cristóbal. En el documento de fecha 29 de marzo de 1860, suscrito por Jesús Contreras como Gobernador de la provincia tachirensis, asimismo queda clara la acción "de los bravos de Capacho" siempre capitaneados por Sacramento Velasco al derrotar a los federales, lo cual ratifica lo dicho por el Dr. Antonio Dávila. Desde el Táchira Sacramento Velasco, Comandante Civil y Militar, dirige el 10 de octubre de 1861 una interesante y clarificadora comunicación al Comandante en Jefe de los Ejércitos de la Cordillera, y en la misma deja clara su posición y la del Táchira con relación a los sucesos de setiembre de 1861, cuando con los recursos regionales logra rechazar "el incendio general". Los libros de Ricardo González Valbuena, Francisco Betancourt Sosa y de Aníbal Velasco y nuestro volandero ensayo sobre la Federación en el Táchira, y los documentos insertos en el Apéndice de este libro, informan lo acontecido en nuestra tierra durante la Guerra larga y sirven de orientación para un trabajo más extenso y detallado de la referida época y sus consecuencias y proyecciones en toda la región andina.

del gobierno, y duelo que decidiría la lid que iba a realizarse y daría el triunfo al vencedor. Los gobiernistas decidieron aceptar el reto a condición de usar el machete como arma de duelo, lo cual fue convenido. Entre los Oficiales de la tropa se sorteó al que debía batirse y tocó a Sacramento Velasco hacerlo. En el encuentro sale herido en el hombro Sacramento pero éste logra atravesar el corazón de Salcedo con la punta de su machete (debió ser su peinilla pues era ésta la que daba poder de mando a los Oficiales). La muerte del Jefe federal trae una acometida furiosa de su tropa, pero ésta es arrojada y puesta en fuga por Sacramento, a quien su propia herida y la muerte de su contendiente han infundido un deseo infinito de destruirlos a todos, “y así habría sucedido, si no hubiera sido porque se trataba del llanero, siempre centauro en la guerra” —lo dice Dávila—. No obstante Sacramento Velasco persigue a los federales hasta Río Frío. “Algunos fueron hechos prisioneros, pero los más escaparon, amparados por el río pleno de agua, que sus caballos esguazaron, sin importarles en la precipitación lo impetuoso de la corriente”.

Tres meses después, rehechos los federales y mortificados por su derrota anterior y de manera particular deseosos de vengar la muerte de Su Jefe el General Salcedo, se imponen la tarea de hacer flamear la bandera amarilla de la Federación en el Táchira, para lo cual traen mayor número de efectivos. El Jefe de Operaciones en la región tachirense, Agustín Arias, dispone el 29 de octubre de 1859 que el Comandante Sacramento Velasco con 150 hombres de las Compañías 2ª de Capacho y 1ª y 2ª de Tárriba, se sitúe en posición ventajosa evadiendo la visibilidad del enemigo y esperarlo en La Faja; que el Primer Comandante Juan Evangelista Velasco marche a retaguardia con la 1ª Compañía de Capacho, la cual debe situarse en posición conveniente y que la Compañía de Guásimos avance a apoyar al Comandante Sacramento Velasco. El Comandante José de Jesús Villasmil es encargado del Estado Mayor de las fuerzas y con éstas debe marchar el Comandante Evangelista Velasco. El Jefe de Operaciones Agustín Arias organiza para sí las fuerzas de San Antonio del Táchira y las Compañías 4ª, 6ª, 7ª y 8ª del Batallón San Cristóbal. Como puede observarse sí había estructuración en el ejército gobiernista conforme a la táctica castrense.

La acción rutinaria de las acciones guerreras en América no dan resultados inmediatos o favorables. La audacia, la rapidez y la resolución oportuna dan al ataque la ventaja de envolver, con la sorpresa, las previsiones del enemigo. Sacramento Velasco no esperaba que lo atacaran. Su método era el de atacar primero con el ímpetu de su estrella como luminaria perenne desde Las Lomas del Viento.

Las fuerzas federales rompen fuego el 31 de octubre. Arias avanza con el Cuerpo de reserva y establece su Cuartel General en José de las Palmas. En esta nueva incursión llanera es mayor el número de sus soldados y la aspiración de imponer el Gobierno federal más apurada. Pero Sacramento Velasco “con los bravos de Capacho” —como los llama el Gobernador Jesús Contreras en comunicación de 1860 al Gobierno central— se muestra nuevamente más impetuoso que el Río Frío en época de avenida y sale al encuentro de los revolucionarios y en el propio río, y sin darles tiempo a disponerse en batalla los sorprende, los

confunde y los hace huir casi sin disparar un tiro. A este encuentro con los llaneros "también habían salido sus primos Juan Evangelista y José del Rosario, como él Comandantes, J. de J. Villasmil, maracaibero, y Agustín Arias, estos dos como Jefes de operaciones, quienes debido al natural indómito y aligero de Sacramento en el combate, ninguno pudo darse cuenta de cuándo empezó ni cómo terminó' .

Los federales recuerdan el duelo sangriento de La Cuesta del Trapiche y ahora se asombran con el empuje sin vacilación, en Río Frío, de Sacramento Velasco, obligándolos a buscar otra ruta para tratar de someter al Táchira al propósito de una revolución que habría de culminar en las manos "de un César positivista y europizante como Guzmán Blanco", como con tanto acierto lo dice Mariano Picón Salas, al ver apaciguar la "antigua enfermedad venezolana" con el afeite parisino a la metrópoli y el hundimiento, con Páez, de la república oligárquica", sin que sus raíces se quemasen con la guerra larga sino se empantanasen con la dictadura guzmancista.

El ejército federalista resuelve invadir por Mérida y es organizado bajo el comando de los Generales José Ignacio Pulido, Aristiguieta, Iturbe y Juan J. Cisneros. Tal ejército, con tanto General, no encuentra oposición en la provincia merideña y establece en la ciudad de las cinco águilas blancas su Cuartel General. Para entonces el General José Escolástico Andrade había llegado al Táchira, con algunos Oficiales a disponer la defensa anti-federal. San Cristóbal se encontraba "en plena lucha eleccionaria", según el notable historiador Lisandro Alvarado.

En la primera semana de julio de 1860 despacha Andrade de San Cristóbal, unos trescientos hombres al mando de J. de J. Villasmil como apoyo, en Tovar, a Martín Bravo. Pasan algunos días y Andrade se da cuenta de que ni Villasmil ni Bravo son jefes para una situación como la presentada con la amenaza de una invasión por etapas, de los federales. Por lo mismo el 30 de julio del referido año de 1860, envía a Sacramento Velasco "con una columna de cien vecinos de Capacho" y ésta llega el 2 de agosto a Bailadores. Dos días después "con otra columna de capacheros a la vanguardia, al mando del ya nombrado' Juan Evangelista Velasco, el mismo Andrade, desde San Antonio donde estaba, se puso en marcha. El tres de agosto, o sea al día siguiente de llegar, cuando aún Andrade está en San Antonio y sin darse cuenta Bravo ni Villasmil, Sacramento rompió los fuegos y en pocas horas la invasión acaudillada por Pulido y situada ya en la ciudad de Tovar, fue expulsada de allí u obligada a retirarse".

Sacramento Velasco en su impetuoso enfrentamiento con las fuerzas de Pulido es herido y, por lo mismo, no puede perseguirlas personalmente. Villasmil y Bravo, vacilantes y sin la intrepidez de Sacramento, siguen a la invasión como "un cuerpo de retaguardia". Andrade se acuartela en La Grita. Al reponerse el valeroso Sacramento Velasco de su herida, avanza con sus también valientes capacheros y en un solo día "en el páramo de Mucutuy o Mocomboco, en una de las faldas de la Sierra Nevada" hace rendir a "la última invasión de los centrales y llaneros que pretendían dominar las indómitas serranías andinas, en la creencia de que su dominio le daba a la Federación el dominio de toda la Cordillera o el

Occidente venezolano, pues para entonces el Táchira ya había hecho sentir, en el seno del Gobierno, su fuerza y “el coraje guerrero de los Capachos en defensa de sus tierras y de sus convicciones”. “Sólo Cisneros prefirió suicidarse antes de caer prisionero”. Muchos fueron a la cárcel de Mérida donde, por cierto, fueron indebidamente humillados al hacerlos barrer y desyerbar las calles de la ciudad.

Por supuesto el parte de guerra lo da el Comandante Villasmil el 3 de agosto de 1860, sin nombrar a Sacramento Velasco, al decir que el enemigo traía 500 hombres y que el combate comenzó a las diez de la mañana del día 2 de agosto y terminó a las cinco de la tarde, y una hora más, a la izquierda de Tovar. Solamente menciona la Columna Táchira que era precisamente la comandada por Velasco. Luego de la derrota de los federales en El Volcán, éstos regresan a Mérida a rehacerse. El General Andrade ya unido a las fuerzas de Villasmil y Velasco, ordena que “algunas guerrillas vayan a hostigar a los federales en su posesión de Mérida, pero las acciones no se repiten y todo queda aparentemente tranquilo.

Sacramento Velasco, su primo Juan Evangelista Velasco y el contingente de soldados adheridos a tan valientes combatientes —los dice Aníbal Velasco—, regresan a Capacho luego de haber ido triunfantes a la región merideña. Como no se tiene noticia de nuevas incursiones federalistas, son dados de alta las agueridas huestes de Sacramento Velasco, el ya legendario jefe de los bizarros capacheros, las cuales luchan en defensa del gobierno provinciano. Sacramento vuelve al campo como agricultor, mientras las acciones guerreras no requieran la garantía impávida de sus servicios y de su espada forjada en la toledana fortaleza de su ascendencia clerical. Desde luego se incorpora a sus tareas agrícolas sin un estímulo y sin un ascenso. Al ocupar provisionalmente la Gobernación de la provincia tachirense el Dr. Manuel María Merchán, éste desea confiar en individuos de valía la seguridad de su gobierno. Por lo mismo recomienda al Ejecutivo Nacional al Comandante Sacramento Velasco para el cargo de Jefe del Resguardo de la Aduana de San Antonio del Táchira. No puede conocerse nada del resultado de esta recomendación. El Dr. Merchán hace constar al Gobierno Central que acepta la posición de Gobernador por el “asesinato de su antecesor” sin decir cuál es éste. Aníbal Velasco presume en su libro, que puede ser Domingo Guzmán Escandón, muerto en Cúcuta el 29 de febrero de 1960, ciudad en la cual estuvo refugiado al pretender retener la Gobernación del Táchira, por medios anormales.

Sacramento Velasco en el silencio de su laboreo campesino recibe el estímulo del Centauro General José Antonio Páez, pues éste al regresar del exilio llamado por el Gobierno venezolano en 1861, a objeto de que conduzca la guerra contra la Revolución Federal, le envía como regalo especial una espada. Es el reconocimiento a la valentía y a la capacidad del capachero inteligente e intrépido como militar autodidacta.

La influencia de Guzmán Blanco intriga desde el Gobierno metropolitano y su acción ilegal se comprueba al ser elegido anticonstitucionalmente el Dr. Ramón Palenzuela como Gobernador del Táchira en julio de 1861. La primera disposición del nuevo Gobernador es enviar al exilio a Jesús Contreras, Ricardo González Contreras, Lucas Niño, José Gregorio Villafañe, Ramón Rosales, Francisco

Omaña y otros calificados ciudadanos, investidos, con la satisfacción de la comunidad, con la dirección de los asuntos políticos de la región. Es porque el Congreso Nacional, el 2 de junio de 1861, había declarado nulas las elecciones efectuadas en el Táchira desde 1859, violando olímpicamente la Constitución nacional.

Al ocurrir los sucesos de setiembre de 1861, cuando el General José Antonio Páez encanecido por la fatiga del recuerdo de sus días gloriosos, desciende al fango de la política irreverente, y como lo dice el sabio Lisandro Alvarado en su "Historia de la Revolución Federal en Venezuela", acepta ser Dictador. Sí, "El sábado 7 de setiembre al anochecer se determinó el general Páez a ponerse en marcha hacia la capital desde Las Adjuntas, donde se mantenía, a oscurecer su nombre, a desprestigiar su autoridad, y a anegar en sangre la moribunda patria, entrando en Caracas "arrastrado", dice un historiador, "en un carro triunfal por más de cien conspiradores y llevando en la diestra mano un ramo de flores, que acaso simbolizara su candidez en aquel momento. Llegó a su casa de la Viñeta".

La aparente tranquilidad de la política regional se altera con la presencia ilegal del Dr. Ramón Palenzuela. Es cuando Sacramento Velasco sale de su huerta paradisíaca y participa en el enfrentamiento del pueblo con el dicho ilegítimo Magistrado, al cual resguardan las fuerzas de Juan Mac Pherson y los politiqueros seguidores de Guzmán Escandón y, por supuesto, adversarios de José Ignacio Cárdenas y de los exiliados por Palenzuela. Es así como Rubio, Colón, Michelena, Quenique, Capacho, Táriba y Guásimos, con "algunos fusiles, machetes y garrotes" —lo dice González Valbuena— el día 20 de setiembre derrotan en El Cobre a Rafael Pocaterra, quien muere en la acción. El día 21 "dispersan en Capacho a una Compañía a órdenes del Dr. Pedro María Arellano y el Capitán Nicolás Ramírez; el 22 a su vez son dispersados por fuerzas de Sandoval, y el 23 convergen a Táriba, nombran Gobernador Encargado por el pueblo al Comandante Sacramento Velasco, y como jefes del movimiento a éste y a don Jesús Contreras, que en lo demás es el alma el Sr. José Ignacio Cárdenas".

Tales entramientos y distorsión en la vida política tachirense, retardan la solidificación del sistema federalista, no obstante los propósitos de paz iniciados por Sacramento Velasco y Jesús Contreras, en correspondencia dirigida a Jesús María Gutiérrez. Hay una reunión en El Espinal, a la altura de Las Lomas hoy. Comisionados por Palenzuela son Arístides Garbiras, Rafael González Serguá, Vicente Rangel y Dr. J. J. Castillo. Por los adversarios de la situación existente vienen de Táriba José Ignacio Cárdenas, Pbro. Nolasco Sánchez y Antonio Moreno. La intransigencia de Palenzuela se hace insoportable. "Rota el 7 las suspendidas hostilidades, quedó resuelto —dice Arístides Garbiras en comunicación del día— "que la cuestión la decida la suerte de las armas". Hábilmente Palenzuela "sondea posible arreglo" el día 9 y otra posibilidad de solución es llevada a cabo, pero lo que el Gobierno, sin fuerza legal, pretende es dar tiempo a que las fuerzas de San Antonio se sumen a las de San Cristóbal para atacar a los *revoltosos*. Al no suceder esto último, Palenzuela entiende la falsedad de su posición oficial. Por ello "resigna en su Secretario Luis López Méndez el Gobierno, Sandoval sustituye a Mac Pherson hasta llegar el Coronel Rafael Capó".

Ante el vacío de poder “los rebeldes si es que rebeldes pueden llamarse a los que acatan la ley y la defienden de los impostores”, atacan a las avanzadas gobiernistas “en el trayecto de “El Espinal” a San Cristóbal, y cuando tocan victoriosos a las puertas de la Capital, se agota el parque y la retirada a Táriba es forzosa para disolver la gente y conservar lo que les queda: la dignidad nunca perdida, como jamás domeñado el coraje de aquellos hombres que, como los volcanes apagados, solían de vez en cuando sacudirse para anunciar su existencia, defender sus fuerzas y hacer hacer saber a la Nación entera, que sus amagos no eran ensayos de desconcierto, sino preludios de la irrupción que más tarde incorporaría la Provincia a la vida histórica, económica y social de la República”.

La mejor explicación de lo acaecido en el Táchira durante el mes de setiembre, la da Sacramento Velasco en su importante correspondencia de fecha 10 de octubre del dicho año al Ciudadano Esclarecido Jefe Supremo civil y militar de la República, o sea al General José Antonio Páez, la cual incluimos en el Apéndice de este libro. El amanuense utilizado por Sacramento Velasco en la redacción de su correspondencia al General Páez, sabe interpretar el pensamiento del bravo capachero y, a la vez, dar una visión clara de la situación surgida al llegar Palenzuela ilegalmente al poder del Táchira.

El gobierno del Dr. Palenzuela y “la camarilla política que lo apoyaba acometían contra el pueblo, imponiendo reclutamientos y empréstitos forzosos, y haciendo objeto de persecuciones a ciudadanos meritorios que en las horas difíciles de las invasiones federalistas supieron hacerle frente con valentía y decisión a las acometidas que la revolución armada, en su empeño de conquistar la Cordillera, hiciera por distintos frentes”. Fácil es entender el arbitrario malestar provocado por las autoridades provinciales en un Táchira martirizado, aislado y desprotegido por el Gobierno Central, como siempre.

Sacramento Velasco como Jefe Civil y Militar en un momento irregular de la política convulsa por la expectativa federal, trata de mediar en el proceso “de paz y legalidad”. Al no lograrlo en su fugaz gestión, toma las armas y “en los días 16 y 17 de octubre de 1861 sostuvo combates en Ranchería y Capacho contra fuerzas del Gobierno mandadas, en la primera ocasión por el Capitán Nicolás Ramírez y en la segunda por el General Eugenio Sandoval, a los cuales derrotó; luego el día 10 de noviembre del mismo año, en Capacho, con tropas gubernamentales comandadas por Juan Bautista Hernández, a las que igualmente derrota”. Esto lo anota Aníbal Velasco, al consultar la Gran Recopilación Histórica de Landaeta Rosales.

Al encargarse Luis López Méndez del ejercicio ilegal del gobierno provincial, su primer acto es nombrar a Tadeo Galindo como Secretario General. Es un colombiano, como Domingo Guzmán Escandón, que había sido también Secretario General de este último a la caída del General José Tadeo Monagas. El propósito de López Méndez con Galindo es influir conjuntamente a favor de Guzmán Escandón en el reconocimiento de “su espúrea elección” como Gobernador del Táchira por tercera vez, Pero a López Méndez lo alcanza directamente “la desacertada política implantada por Palenzuela”, por lo que “a principios de 1862 fue sustituido por el doctor Pedro María Arellano”.

A Sacramento Velasco las circunstancias de la anarquía y de la ambición políticas no le permiten “ejercer el mandato popular con que fue investido en Táriba el día 23 de setiembre del año 61”, como escribe Aníbal Velasco Buitrago. Por ello nuevamente se retira a su actividad agrícola, después de sus triunfos en Ranchería y Capacho. Al ganar la Revolución Federal en el país, Sacramento Velasco “por su espíritu anti-liberalista se marchó a Colombia y tomó parte activa en las guerras civiles que se sucedieron en aquel país, en los años de 1863 a 1870, comandando tropas conservadoras”, según lo escribe el Dr. Antonio Dávila.

El Coronel Manuel Herrera vino al Táchira al fracasar su ejército ante los federales en Barinas. En nuestra tierra regional comanda “las fuerzas gubernamentales hasta el triunfo de los federalistas y en 1863 firma “un armisticio con el Comandante de las fuerzas federalistas que había llegado al Táchira”. El Jefe del Distrito desconoce tal armisticio, por lo que el Coronel Herrera se va igualmente a Colombia y al pasar por San Antonio del Táchira, quema las armas que porta “y no intervino más en acciones guerreras en Venezuela, contra la Federación”. Herrera y Velasco son amigos y en la vecina República se hermanan para guerrear a favor de los conservadores.

Juan Crisóstomo Falcón solidifica la Revolución Federal en la provincia y todos los pueblos lo reconocen como Jefe del Gobierno en Venezuela. Esta circunstancia la aprovecha el falconiano para constituir el Estado Zulia, el 21 de marzo de 1863, con las provincias de Maracaibo, Trujillo, Mérida y Táchira. Tal “organización trajo —como lo escribe Lisandro Alvarado— ciertas dificultades, que requieren especiales providencias. Así desde Barquisimeto destina Falcón, el 18 de mayo, al general Juan Bautista García para que fuese como delegado a San Cristóbal”. Es porque nuestra región, como Trujillo y Mérida, no pueden ver con satisfacción el hecho de ser anexada al Estado Zulia, cuyas directrices políticas y administrativas se van a ejecutar a distancias y elimina la autonomía regional.

El Tratado de Coche afirma en el país, en abril de 1863, la Revolución Federal. Sin embargo en el Táchira el rechazo a la Federación todavía es manifiesto, no obstante los cuatro años de guerra e intenciones de afianzarse en la región. Es porque la alteración, la imposición, la ilegalidad y la intriga hacen desconfiar a las gentes. Además, aquí no había un gobierno oligarca propiamente dicho y más bien el liberalismo perdurable en la mayoría de los pueblos de la regionalidad y era firme el deseo de ver alegres las sementeras y no aceptar “tanto incendio y matanza” del federalismo, todo lo cual impulsaba la reserva general de conservadores y liberales con la plegaria a Dios por la tranquilidad y no el acercarse, así como así a la *jumasera* de la Federación, sin razón de vida y sí de muerte. Sin embargo los pronunciamientos a favor de la Federación se suceden ya regularmente. En San Cristóbal, por ejemplo, el 5 de mayo de 1863 tiene efecto un enfrentamiento armado entre los federalistas comandados por el Coronel José Dolores Olavés y los gobiernistas mandados por el Comandante Julián Vargas, el cual se define a favor de este último.

Los pronunciamientos posteriores afirman el sistema federal en el Táchira, paulatinamente. Pero lo mayormente caracterizado con relación al implantamiento

del referido sistema es la manifestación cívica, el día 10 de mayo de 1863, cuando Jesús Contreras con las actas suscritas por los pueblos de Rubio, Ureña, Capacho, Vargas (El Cobre), Michelena, Queniquea y la misma ciudad de La Grita, “desconoce la Dictadura del Gral. José Antonio Páez, etc., etc.” y proclama la Federación en la provincia del Táchira. Asimismo Pregonero se pronuncia por la Federación el 17 de mayo; San Cristóbal lo hace el 3 de agosto, y San Antonio del Táchira el 8 de agosto de 1863. Solamente Lobatera se mantiene firme y protesta el pronunciamiento colectivo favorable a la causa federal, por lo cual el Gobernador del Táchira dispone el 31 de mayo que el Cantón de Lobatera pase a ser dependencia de Michelena “mientras las circunstancias lo exijan”. Dos meses más tarde, cuando Lobatera deja de estar “sujeta al régimen anterior”, vuelve a ejercer su autonomía de Cantón por Decreto gubernamental de fecha 31 de julio. Otro Decreto del 5 de agosto de 1863 nombra “sus autoridades municipales” y también un Administrador Subalterno de Rentas.

El primer Gobernador de la Federación en el Táchira es Jesús Contreras, al firmarse en La Grita las actas de los pronunciamientos de la mayoría de los pueblos regionales, y sustituye al Gobernador del régimen dictatorial Rafael Pocaterra. El ejercicio oficial de Jesús Contreras tiene poca duración, pues en el mismo año de la afirmación federalista es designado un Gobierno provisorio integrado por Guillermo Irribarren, Eduardo Ortíz y N. Camacho. Este Gobierno es sustituido también, por José Gregorio Villafañe, Juan Entrena y Antonio Moreno. Tal triunvirato mantiene el poder por poco tiempo, porque en 1864, como Primer Designado, llega a la Gobernación el valioso pregonerense José Ignacio Cárdenas. La oscilación de la magistratura regional no es sino la consecuencia de consolidar, en la región remisa a una guerra con altibajos y frustraciones, anarquía y ambiciones, el resultado conflictivo de cuatro años de cruenta lucha.

Antes de tomar el Poder del país el General Antonio Guzmán Blanco, “con el triunfo de la Revolución el 27 de abril de 1870”, regresa de Colombia al Táchira Sacramento Velasco. Posteriormente se adhiere al guzmancismo y en 1874 va al Estado Falcón, como Comandante de un batallón de la División que organiza aquí en el Táchira, el General Hermenegildo Zavarce por instrucciones del nombrado Guzmán Blanco, a objeto de atacar las tropas de los Generales León Colina y Herrera en Coro, las cuales son derrotadas. En la Parada del triunfo guzmancista está presente Sacramento Velasco con sus bravos capacheros, y luego recibe del Presidente de la República Medalla y Diploma de Honor por “sus méritos en la Campaña del Estado Falcón”. Poco tiempo después, por medio del Ministerio de Guerra, Guzmán Blanco lo asciende a General de Brigada y le envía una espada. Además, le ofrece la Administración de la Aduana de Maracaibo, cargo que Sacramento no acepta por razones personales. Encomienda a su hijo Juan Evangelista Velasco Táriba ir a Caracas con la excusa de no poder ejercer el cargo ofrecido. El aprecio por Sacramento Velasco lo justifica Guzmán Blanco al ordenar sea nombrado su hijo Miembro de la Guardia de Honor Presidencial, y Gregorio del Sacramento Velasco se mantiene fiel a la amistad de Guzmán Blanco, hasta su muerte en San Cristóbal el 22 de agosto de 1890.

Halagado por Páez, estimulado por Guzmán Blanco, Sacramento Velasco no

se envanece. Al contrario, vive en su sencillez de siempre. Comprueba, eso sí, que un capachero de su temple está listo siempre para meter en cintura a generales y caudillos. Su valor y su personalidad tienen méritos. Por ello su tierra tachirense debe darle el auténtico reconocimiento que espera su memoria.

El Táchira y la Federación son dos motivos para la investigación y la explicación venezolanas: la actitud regional frente a una revolución encendida por las llamas y la frustración de un mensaje perdido en las cenizas. Muchos ignoran la realidad de esos motivos. De ahí la necesidad de insistir en la escritura de la historia integral de nuestra regionalidad. Nosotros hemos intentado, sin las herramientas indispensables, dar nuestra contribución para ello. Los libros que hemos escrito son la mejor prueba de tal devota contribución. Pero concluyamos estos apuntes sobre la repercusión federalista en el Táchira, cuya incidencia requiere el estudio a fondo de sus aspectos históricos y sociológicos, de investigadores y sociólogos, por cuanto —como ya hemos dicho— nuestra región no es una parcela oligárquica, sino una expresión de la serenidad e influencia montañesa con vocación venezolanista. Historiadores como Ramón Díaz Sánchez y José Antonio de Armas Chitty, han señalado esta verdad. Tal vocación se mantiene en la vigencia de sus diferentes etapas evolutivas sin disminuir nunca su carácter nacionalista, y en la serena tranquilidad agrícola y ahora también ganadera e industrial, sin identificarse con el palabreo de las ambiciones en pugna, de la soberbia de la política y sí a la formalidad coherente de las positivas incidencias públicas. Es porque el pensamiento y la actuación del Táchira son la evolución caracterizada por su identidad desde el momento de sentir la emoción comunera, adherirse a la independencia y a la influencia como un modo de dar fe al recado bolivariano, y dar a Venezuela la oportunidad de la integración y de renovar la afirmación de la democracia.

El historiador J. A. de Armas Chitty emite criterio acertado y desprejuiciado en su trabajo "El Táchira: Factor de Integración Nacional" al decir: "La política, en los Andes, durante el último tercio del siglo XIX, fue un forcejeo verbal, a veces con plomo, entre generales, y atizado, por Guzmán Blanco y Crespo, desde Caracas. Intervienen en tal pugna, Juan Bautista Araujo, de Trujillo, y Espíritu Santo Morales, Carlos Rangel Garbiras, Cipriano Castro y Juan Pablo Peñaloza, del Táchira. Fue la eterna lucha entre conservadores y liberales, entre lagartijos y langostas, entre güífaros y carningos, como por muchos años nominaron a los bandos contrapuestos en la región. Guzmán Blanco había dicho: ¡Cuidado con los andinos! con la misma intención torcida con que Adolfo Hitler dirá en su hora: ¡Cuidado con los comunistas! . . . Pero sí llama a observación la paciencia del Ilustre Americano con tales palabras, no habiendo dado el pueblo andino, hasta aquel momento, más que una lección paciente en el agro"

La respuesta es fácil amigo de Armas Chitty, en lo que respecta al Táchira. A la hora del rebullir político, de la sangre con los drenajes de la desolación y de la alternabilidad de las dictaduras a las cuales combate siempre el pueblo regional, el gobierno del federalismo tiene problemas al tratar de imponer la autocracia personalista de quien se alza con el poder al consolidarse la revolución, pues los nativos del Táchira velan más por sus intereses domésticos y su tranquilidad agrí-

cola que por la política partidista absorbida por Guzmán Blanco, quien cobra a nuestra tierra la tardía medio aceptación del sistema federal, con el envío de sus altaneros y déspotas Delegados. Es porque el General Antonio Guzmán Blanco, cuyo triunfo personal, con proyección nacional e internacional, hubiese alcanzado exitosa resonancia como letrado o profesional, desvió tal triunfo a la política y a la dictadura con lunares abultados con la evidencia de su giotonería y aviesos empeños. Una prueba en su disposición de querer doblegar al Táchira con un genocidio. Según pudo averiguarlo el historiador César González Martínez, Guzmán Blanco “dio órdenes específicas al General Vallenilla —su Delegado Nacional en el Táchira— para que todos los funcionarios, hasta los más humildes, fueran reemplazados por “guzmancistas” leales, de Caracas o de otros Estados del centro de la República. Y ya en estado de desesperación por no poder su autoridad omnimoda en el Táchira, llegó hasta amenazar con un verdadero genocidio: con fecha 5 de octubre de 1886, Guzmán Blanco se dirige al General Pedro Vallenilla, en que le imparte órdenes de acabar hasta con el último hombre que se encuentre en armas. Y le agrega “no se preocupé por una revolución. por el contrario, no haga nada por impedirla. . . Esto es, precisamente, lo que deseo, que estalle un movimiento en los Andes contra la autoridad del gobierno nacional. Entonces, yo marcharé con un ejército de 4.000 ó 5.000 soldados y dejaré la región tan liberal como lo hice en Apure, después de su rebelión...” No hay duda de que hubiese cumplido su designio retaliador y, por supuesto, el anti-guzmancisco tachireño estallase en úlcera de fobia armada con el apoyo merideño. Afortunadamente el bienio 1886-1888 no lo ejerce Guzmán Blanco y la elección del Dr. Juan Rojas Paúl para Presidente de la República “con los hechos consiguientes de la política nacional, evitaron que el General Guzmán Blanco cumpliera su amenaza respecto del Táchira. Y cosa curiosa, cuando Antonio Guzmán Blanco, devorado por un cáncer, fallecía en París en junio de 1899, ya un joven general que había mostrado su bravura en el combate de Capacho en 1886, durante el régimen guzmancista, se encontraba camino al centro a tambor batiente y a marchas reforzadas”.

La guerra federal tiene muchos pro y contra. Si bien propende la democracia política como bien popular y la democracia social, como ratificación del sacrificio bolivariano y el empeño igualitario en un país saturado con la ambición de las oligarquías tropicales, en el campo económico empobrece, desajusta aún más el desarrollo económico y crea secuelas indecibles. Francisco Betancourt Sosa, tomándolo de Landaeta Rosales, nos dice: “En 1858, antes de comenzar la contienda, Venezuela disponía de una existencia que alcanzaba a 12.000.000 de cabezas de ganado vacuno, parte de cuyas cosechas se exportaban. Pues bien, para final de la guerra quedó reducida a 1.389.802 cabezas según censo del año de 1873”. O sea que se consumieron más de diez millones de cabezas de ganado y lo únicamente positivo de la dicha guerra es haber eliminado los prejuicios raciales y algunas ventajas en lo referente al trato social, aun cuando perduran algunos abolengos —con su salto atrás por supuesto— prodigando sus herederos una sonrisa o un saludo al así convenir a sus temporales caídas, o a la búsqueda de privilegios, negocios o gabelas. El ideario de los partidos tradicionales —liberales o conservadores— es antagónico según sean las circunstancias que determinen el interés o la conveniencia de la contraposición o beneficio eventuales. Es por ella,

seguramente, por lo que el historiador José Gil Fortoul expresa: “Si no existieron nunca en Venezuela dos tendencias antagónicas e irreconciliables, sí existieron los nombres de “conservador” y “liberal” para distinguir, en momentos dados, a los partidos personalistas o accidentales”. Es porque el revoltillo político ha sido y continúa siendo tradicional en Venezuela, es decir —como lo expresa Laureano Vallenilla Lanz—, “Hombres que en España, por ejemplo, serían reaccionarios, carlistas, en Francia se alistarían entre los miembros de la extrema derecha, en nuestra democracia en formación se llaman “liberales”. ¿Y no se ha observado que los más furiosos jacobinos se han reclutado entre nosotros entre el partido “godo”, llamado erróneamente conservador? ¿No se recuerda que los hombres dirigentes de 1830 fueron los más radicales que han existido en Venezuela?”.*

En nuestra época existe una más clara definición política, aun cuando a veces las actitudes de los dirigentes y participantes de los partidos modernos son contradictorias y pecan de defectos. Hay social-demócratas, social-cristianos, sociales diseminados en parcialidades y comunistas. Todos pretenden ser clasificados como de izquierda, según convenga a la atracción de los dividendos políticos. ¿Cuáles serían, entonces, los godos y los liberales de la actual época, por supuesto adaptados a las superadas corrientes de la enfermiza democracia de nuestro tiempo?. Es porque nadie, desde luego, quiere ser reaccionario sino revolucionario. Siempre las dudas, las rivalidades —hasta las internas de las parcialidades— y los forcejeos de las convicciones dudosas afloran al no identificarse con la verdad, con la seguridad en cada caso, pues hay quienes olvidan que la revolución o, mejor, la evolución no es una pose ni una conveniencia temporal. No basta decir soy demócrata o revolucionario. Es indispensable practicar los principios de la vivencia de los derechos humanos y luchar permanentemente en favor de las necesidades del hombre.

Debemos agregar, pues conviene al conocimiento de la incidencia federal en el Táchira, lo referido por el historiador trujillano Dr. Arturo Cardozo en su valioso libro “Proceso de la Historia de los Andes”, en el Capítulo “La oligarquía andina se bate contra los federales”, e informa acerca de la guerra larga en los estados andinos y señala la tendencia de éstos hacia las parcialidades conservadoras y liberales, donde lo tradicional está influido por los terratenientes.

Con respecto al Táchira ofrece una apreciación sobre el liberalismo de las mayorías campesinas y dice que “son los caudillos conservadores de Trujillo y Mérida quienes invaden al Táchira y le imponen brevísimos gobiernos godos. Estas administraciones godas se disipan cuando los invasores regresan a sus lares. Los caudillos desplazados del poder se refugian en Colombia; allí esperan la coyuntura propicia para el regreso al terruño y al poder”. Otra opinión del historiador Cardozo, sobre la popular tendencia liberal del Táchira, es la siguiente: “En el Táchira, donde el nuevo orden federal tarda más en consolidarse por las equilibradas pugnas entre sus clases dirigentes, prevalecen los grupos liberales, formados por pequeños propietarios”. Estas consideraciones del Dr. Cardozo, como

* LAUREANO VALLENILLA LANZ, *Críticas de sinceridad y exactitud*.

otras más hechas en su libro, deben ser advertidas por quienes entren a fondo al estudio de la posición tachirense durante la Revolución Federal.

Por cierto, debe subrayarse, una aseveración del historiador y jurista Cardozo, referente a que en julio de 1860 se producen incursiones de los federales en los Andes. Con respecto a nuestra región dice: "En el Táchira, por el sector fronterizo, se llevan a cabo pequeñas invasiones y levantamientos como los que encabezan Ricardo Castro, Miguel Entrena, Ramón Roa, Sacramento Velasco y Ricardo González". Esta referencia conviene investigarla a fondo para saber exactamente la participación de los personajes antes enunciados.

Hemos dicho que Sacramento Velasco el 3 de agosto de 1860 rompe fuego contra la invasión del General José Ignacio Pulido y durante la refriega es herido. Es por ello por lo que no puede perseguir a los invasores y que al reponerse, con sus bravos capacheros, avanza y derrota a los centrales y llaneros en Mocomboco. Cardozo al referirse a este lugar nos habla de la derrota de los federales, cuyas tropas son comandadas por los Generales Modesto Rodríguez y Eulogio Carrasquero. Según lo que hemos podido averiguar es Sacramento Velasco quien derrota a las huestes de Pulido. Debe aclararse, entonces, la autenticidad de los jefes participantes en el combate de Mocomboco, como deben indagarse los pormenores de las invasiones del federalismo al Táchira

En el libro "El Táchira Histórico" del historiador tachirense Ricardo González Valbuena, publicado en 1943 y el cual recoge su conferencia dictada en el Centro Cultural del Táchira de la Casa Venezuela en el Hogar Americano el 20 de marzo de 1942, encontramos en su Apéndice documentos importantes relacionados con nuestro pasado, la mayoría tomados de la Recopilación de Leyes y Decretos de Venezuela, del Archivo Nacional (Blanco y Azpúrua) y del Archivo de su padre. De estos documentos entresacamos los relacionados con la guerra federal en el Táchira, para dar una idea más concreta de la misma referida a la participación de nuestra Entidad, y cuya situación quiere sintetizar el Comandante Sacramento Velasco en esta frase: "¡Lamentable y excepcional situación la de esta provincia que ha tenido que luchar con la revolución armada y con los mandatos arbitrarios del Gobierno!".

Quien se decida a escribir la tan anhelada —por nosotros— historia orgánica del Táchira tiene en los documentos recogidos de González Valbuena un material admirable. Por los mismos se puede llegar a otros muchos diseminados en archivos, correspondencia y libros ya publicados como aporte fundamental al logro de esa historia. El oficio enviado por Sacramento Velasco como Comandante Civil y Militar de la Provincia tachirense, desde Tárriba, al Comandante en Jefe de los Ejércitos de la Cordillera, el 10 de octubre de 1861, relativo a los sucesos de setiembre del mismo año, es claro acerca de la actitud regional desde 1859, cuando el Vicepresidente Gual toma ingerencia en las elecciones municipales y el Jefe regional. Dr. Ramón Palenzuela se pronuncia por la dictadura y cercena la libertad, por lo cual se manifiesta la oposición armada. El mismo Sacramento Velasco asoma la historia del episodio setembrino en esta otra frase suya: "En breves momentos el entusiasmo creció y los ciudadanos reunidos voluntariamente, careciendo de

elementos de garra, se han defendido hasta con garrotes contra las armas de la Nación que el ex-Gobernador disponía”.

Otros documentos y libros dan breve orientación sobre la Guerra Federal en nuestra región, la anexión del Táchira a Maracaibo, un convenio de paz y su ruptura, la proclamación del Estado por las Municipalidades y las invasiones llaneras las cuales tuvieron en Sacramento Velasco su decidido opositor, pues todas las “veces que la revolución federal pretendió pisar el suelo de la provincia” él estuvo con sus bravos soldados de Capacho rechazándolas valientemente.

Insertamos, pues, en el Apéndice de este libro los documentos a los cuales nos referimos, con la seguridad de que los mismos ofrecen plena orientación a quienes prosigan investigando nuestro pasado.*

* Del libro por publicar IMAGEN DEL TÁCHIRA.